MUSEO DRAMATICO,

ó

Coleccion de Comedias del teatro estranjero,

REPRESENTADAS

EN LOS PRINCIPALES DE LA CORTE.

Teatro del Príncipe.

UN MAL PADRE,

DRAMA EN TRES ACTOS.

PRECIO 6 RS. VN.

33.

MADRID.

D. A. HERMOSO. Calle Mayor, 4. | D. PEDRO SANZ. Calle de Carretas, 39. | D. A. ESCAMILLA. Calle de Carretas.

Y en el GABINETE LITERARIO, calle del Príncipe.

1843.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unmalpadredramae00lubi

UN MAL PADRE.

DRAMA EN TRES ACTOS.

Escrito en francés por MM. Lubize y Lajarriete.

(Traducido al español por D. A. M. de Ojeda.)

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 26 DE AGOSTO DE 1843.

ACTORES.

MARCELO HENRIOT.	Don J. Romea.
BEROQUET, grabador.	Don P. Sobrado.
SIMON, relojero.	Don M. Fernandez.
LUISA, tia de Marcelo (22 años).	Doña C. Corcuera.
MARIA, su hija.	Doña T. Lamadrid.
BRIJIDA, costurera.	Doña J. LLorente.
ROSA, hermana de Luisa.	Doña M. Córdova.
UN NOTARIO.	Don J. Fernandez.

La escena pasa en Paris en el primero y segundo acto, y en Vincennes el tercero.

ACTO PRIMERO.

Habitacion en casa de Luisa.

ESCENA I.

BEROQUET, *solo.*

Sale precipitadamente observando si le sigue alguien, y ocultando con cuidado un bulto.

Ha perdido la pista... soy feliz. Maldita Brijida! si me atrapa hubiera sido preciso descubrirla el secreto de Marcelo, ó sufrir si no algunos pescozones. No hay remedio, tengo que confesar á la fuerza que esta mujer me casca la pámpana cuando se le antoja... Caramba! dejarse pegar por una mujer... puff!.. Y no hallo medios de evitarlo; no hay mas que tener paciencia. Pero Marcelo que estaba tan impaciente cuando me encargó que fuese á buscar estas individuas, *(señalando al bulto que trae oculto)* no ha parecido todavia, y á la verdad no me hallo yo muy contento que digamos con semejante compañía... El armero me aseguró que estaban deseargadas, pero no hay que fiarse, que como dijo el otro, el diablo las carga... Pero oigo pasos... ah! es Marcelo.

ESCENA II.

MARCELO, BEROQUET.

MARCELO.

Has hecho mi encargo? (*Beroquet le enseña dos pistolas*) Bien; gracias, Beroquet. Pero aun tengo que pedirte otro favor.

BEROQUET.

Habla.

MARCELO.

Voy á batirme dentro de una hora, tengo necesidad de un testigo, y cuento contigo.

BEROQUET, *asustado.*

Conmigo?

1814-52

MARCELO.

Sí.

BEROQUET.

Has hecho muy bien.

MARCELO.

Como testigo tienes el derecho de saber el motivo del duelo.

BEROQUET.

Por supuesto, ya puedes contármelo.

Prestando atencion.

MARCELO.

Pero quiero que sea un secreto para todo el mundo, lo entiendes?

BEROQUET.

Sin embargo, no es esa la costumbre.

MARCELO.

Y qué, te negarás á complacerme?

BEROQUET.

Negarme! pues no faltaba mas; seria la primera vez de mi vida. Yo no tengo mas voluntad que la tuya, ya lo sabes; siempre lo que tú quieras, lo que tú quieras absolutamente.

MARCELO.

Eres un escelente amigo, y ya debes comprender que si he tomado esta resolucion desesperada, es porque me habrán obligado á ello razones muy poderosas... yo soy únicamente el que mantiene la familia.

BEROQUET.

Es verdad, porque tú eres un buen oficial de grabador y trabajas mucho... ojalá tuviera yo tanto talento como tú, y no que... con esta cabeza de chorlito...

MARCELO.

La pobre de mi tia Luisa y su hermana ganan bien poco, pero yo no puedo olvidar que cuando ganaban mas que ahora con su labor, y podian atender á las necesidades de la casa, estuve cinco años enfermo, y mi tia, á pesar de ser mas jóven que yo, me cuidó como una madre, pasando la noches enteras trabajando junto á la cabecera de mi cama, á fin de que no la faltasen recursos para los gastos de mi enfermedad y para atender á su desgraciada hermanita... Ah! estas cosas no se borran nunca del corazon... nunca: y si ahora que puedo serles útil y recompensarla sus beneficios, voy á esponer mi vida, es porque asi lo ecsije la imperiosa voz de un deber sagrado, del que no me es posible prescindir.

BEROQUET.

Ya, ya comprendo que para batirse deben mediar razones tan poderosas...

MARCELO.

Sí, muy poderosas, pero repito que no puedo decírtelas. Es preciso, pues, que me sigas sin intentar averiguarlas.

BEROQUET.

Convenido.

MARCELO.

Tú conoces á mi adversario; es el Señor Deschamp, nuestro vecino.

BEROQUET.

Quién! ese mozalvete que hace la corte á todas las mozas del barrio?

MARCELO.

El mismo. Acabo de verle, y despues de una esplicacion bastante acalorada, hemos quedado citados para dentro de una hora.

BEROQUET.

Y os batireis?

MARCELO.

A muerte. (*Beroquet se queda estupefacto*) Si yo sucumbo, tú serás el que anuncie á mi tia y á su hermana esta triste noticia. Tú serás el que cuide de consolarlas.

BEROQUET, *conmovido.*

Y á mí, quién me consolará?

MARCELO.

Vamos, no debilites mi valor; bastante lo necesito ahora que rodeado de personas que me son tan queridas...

BEROQUET.

Y por qué?

MARCELO.

Toma, guárdame estas armas en tu cuarto, y ven á buscarme dentro de una hora.

BEROQUET.

Y no pudiera dejarlas aqui?

MARCELO.

No, muy pronto se habrán levantado todos y podrian verlas.

BEROQUET.

Es verdad, no habia yo caido en eso. (*aparte*) Quiera Dios que no me encuentre con Brijida.

Vase.

ESCENA III.

MARCELO, *solo.*

He llegado al momento mas importante de mi vida... O salvo hoy el honor de mi tia, ó dejo de ecsistir... Ah! si me protejiese la

RBC/NcU

suerte y matase á mi contrario... entonces realizaria mi proyecto de engancharme en un rejimiento, y para ti, desgraciada Luisa, para ti seria el precio de mi compromiso... Todo te lo habria recompensado entonces. Me devolvistes la vida y yo te devolveria el honor... Pero vienen hácia aqui... ah! que ella no descubra nada.

ESCENA IV.

MARCELO, LUISA, ROSA.

ROSA, *á Luisa.*

Lo ves? aqui está, si yo le habia oido levantarse, entrar y salir... desde muy temprano. (*á Marcelo*) Buenos dias, sobrinito

Abrazándolo.

MARCELO, *riéndose.*

Tu sobrinito!.. (*besando la mano á Luisa*) Buenos dias, tia.

LUISA.

Me ha dicho Rosa que te habia sentido salir de casa mas temprano que de costumbre... qué has tenido que hacer? dónde has ido?

MARCELO.

Rosa es demasiado curiosa é indiscreta para que yo le dé cuenta de mis acciones, á pesar de ser mi tia.

LUISA.

Tampoco es ella quien te lo pregunta, soy yo, tu tia tambien, á quien sin embargo de sus pocos años, has dado el derecho de reñirte, de vijilar tu conducta y de tratarte como á un hijo. Por eso cuando no te veo estoy tan triste... tan inquieta... No puede una madre tener celos de su hijo?

MARCELO.

Celos!.. ah! os habeis disgustado? no, tranquilizaos, ya sabeis que tampoco yo puedo vivir lejos de vuestra presencia. La memoria de vuestros beneficios me acompaña siempre, y nunca, nunca podré olvidaros.

LUISA.

Ah! eres muy bueno, Marcelo.

ROSA.

Sí, él es muy bueno para ti, hermana mia, pero para mí es demasiado severo, y sobre todo, me falta mucho al respeto.

MARCELO.

Respetar á una tia que de buena gana pasaria las mañanas jugando á las muñecas... Vamos, yo me enmendaré! Por fortuna, Simon es hombre de juicio, y cuando llegue á ser tu marido...

LUISA.

Pero á todo esto no me dices lo que has hecho esta mañana.

MARCELO.

Os lo diré, querida tia; no es un secreto. Hoy deben marchar los mozos que van al ejército. Tengo algunos amigos entre ellos y he querido verlos antes de irse.

Luisa le dá la mano.

ROSA.

Estoy contenta de vos, sobrino, y os permito que me abraceis.

MARCELO, *abrazándola.*

Os obedezco con mucho gusto, respetable tia.

LUISA, *aparte.*

Y he de turbar tanta dicha!.. Dios mio!..

Llora.

MARCELO.

Qué teneis, querida tia? llorais?

ROSA.

Qué tienes, Luisa?

LUISA.

Nada... no tengo nada.

ROSA.

Pero no se llora sin motivo. Tú tienes algun pesar; confiésalo.

LUISA, *turbada, á Marcelo.*

Lo que acabas de decirnos de esa conscripcion... Cuando pienso que si la suerte te hubiese sido contraria, deberias separarte hoy de nosotros...

MARCELO, *aparte.*

Sospechará?

ROSA.

Es muy singular esta hermana mia. De algun tiempo á esta parte está siempre muy triste... pensativa... y cuando se la pregunta, siempre se disculpa, diciéndonos que sus lágrimas las produce el temor de alguna desgracia futura en la familia.

MARCELO, *aparte.*

Pobre Luisa!

ROSA.

Eso no debe ser, aprende de mí: nunca me aflijo sino por los males presentes, y jamás me ocupo del porvenir.

MARCELO, *observando á Luisa.*

Alivicmos su dolor... (*á Rosa*) Vaya, dejate de tanto charlar; ya sabes que Simon se desayuna con nosotros, y cuando venga aun no estará puesta la mesa.

ROSA.

Es verdad.

Empieza á poner la mesa.

MARCELO.

No es regular que mates de hambre á tu marido antes que lo sea.

ROSA.

No tengas cuidado, que despues le cuidaré mucho.

ESCENA V.

DICHOS, SIMON.

SIMON.

Por quién son esos cuidados?

MARCELO.

Por ti, Simon.

SIMON.

Muchas gracias.

MARCELO.

Ves como te decia bien? Simon ha llegado, y la mesa no está puesta todavia.

SIMON.

Tanto mejor, yo le ayudaré á ponerla, y me servirá de ensayo para cuando estémos casados.

ROSA.

Vamos, á la mesa, ya veis que no habeis tenido necesidad de esperar.

Se sientan.

MARCELO.

Ya vemos que eres una muchacha muy dispuesta.

LUISA.

Sí, no temo decirlo delante de mi hermana, Señor Simon, tendreis en ella un tesoro.

ROSA.

Hermana mia!

SIMON.

En efecto, cuando no se ha cometido ninguna falta...

Luisa se turba, y Marcelo lo advierte.

MARCELO, *distrayendo la conversacion.*

Sí, sí, Simon tendrá en Rosa un tesoro.

SIMON.

Oh! y buena falta que me hace que mi mujer sea un tesoro. Porque cuando uno no es mas que un pobre oficial de relojero, es necesario estar siempre en el obrador cuidando de todo.

MARCELO.

Eso es cumplir esactamente con su deber.

SIMON.

Pero si mi mujer no fuese tan buena como decís, mientras yo estuviese ocupado en mi trabajo, ella se estaria hecha una holgazana, sin ocuparse de nada; y cuando volviese yo á mi casa, lo encontraria todo dado á la trampa.

ROSA.

Oh! en cuanto á eso podeis estar tranquilo, Señor Simon, yo sabré llenar los deberes de casada tan bien como la primera.

MARCELO.

Y yo salgo garante de ello.

SIMON.

Pero no es eso todo lo que se necesita. Una muchacha jóven y bonita que está sola en su casa, es una especie de reclamo que atrae todos los pajarracos de la vecindad.

MARCELO.

Es cierto.

SIMON.

Con que ya ves si necesito que mi mujer sea un tesoro de virtud, que pueda resistir á las seducciones de tanto libertino, á quienes nada les importa el honor de una mujer ni de un marido.

MARCELO.

Sí, pero en cuanto á Rosa...

SIMON.

En cuanto á Rosa nada temo. Es una muchacha honrada, es la hermana de Luisa, y esto me tranquiliza.

LUISA, *turbada.*

Ah! Señor Simon...

SIMON.

Conozco bien vuestros principios, Señorita Luisa, vuestra virtud ha pasado por muchos crisoles, no hay ningun mequetrefe que se atreva á deciros una palabra mas alta que otra.

LUISA, *cada vez mas turbada.*

Basta, Señor Simon, basta por Dios; os lo suplico.

SIMON.

No basta, Señorita Luisa: la virtud ha de tener su recompensa. Es preciso que todos la acaten y la aplaudan.

MARCELO, *aparte.*

Cuánto sufre!

SIMON.

Asi es que cuando Rosa y yo estemos casados, mi mujer no se separará nunca de vuestro lado, os acompañará siempre, seguirá vuestro ejemplo, y yo estaré tan contento y tan satisfecho, y podré dormir á pierna suelta, porque, lo repito, sois un modelo de honradez y de virtud.

Luisa se desmaya.

MARCELO.

Dios mio! mi tia se ha desmayado!

ROSA, *levantándose.*

Hermana mia!

MARCELO, *á Simon.*

Tus sandeces tienen la culpa.

SIMON.

Y podia yo creer, que por alabar sus buenas prendas, se habia de poner mala!

MARCELO.

No conocias que su demasiada sensibilidad...

ROSA.

Ya vuelve en sí.

LUISA.

Perdonadme, amigos mios, por haber turbado vuestra alegria.

SIMON.

A mí es á quien debeis perdonar; yo he tenido la culpa... Pero, vamos, os habeis mejorado?

LUISA.

Sí, sí, me siento ya buena, y si me lo permitís, me retiraré á descansar un poco; esto me aliviará enteramente.

MARCELO.

En efecto, eso debes hacer; yo tambien iré á mi cuarto para hacer unos apuntes... que me interesan. Rosa y Simon quitarán la mesa.

SIMON.

Sí, sí, nosotros la quitaremos.

ROSA, *á Luisa.*

Si me necesitas, llámame.

ESCENA VI.

SIMON, ROSA, *despues* BRIJIDA.

SIMON.

A fé mia, Señorita Rosa, que no me pesa que nos hayamos quedado solos.

ROSA.

Sí, porque de ese modo podremos hablar algunos instantes acerca de nuestro matrimonio.

BRIJIDA, *desde la puerta.*

Se puede entrar?

ROSA.

Sí, sí, entra.

SIMON, *aparte.*

El diablo cargue contigo.

BRIJIDA.

Habeis visto á Beroquet? mas de una hora hace que ando tras él, y todavia no le he podido poner la mano encima.

SIMON.

Pues es probable que no le encontreis si sabe que quereis ponerle la mano encima.

BRIJIDA.

Os advierto, Señor Simon, que á mí no me gustan los equívocos.

ROSA.

La verdad es que tú eres algo lijera de manos.

BRIJIDA.

Y hago muy bien, á los hombres es preciso tratarlos á zapatazos: son unos mónstruos; no se les puede sufrir.

SIMON.

De lejos, porque como dice el adajio: «Quien bien te quiere, te hará llorar.» Cuyo sentido comprendeis perfectamente, porque á decir verdad no teneis las manos muertas.

BRIJIDA.

Pues sí Señor, porque lo quiero, por eso le pego, y es menester que se vaya acostumbrando, que en mi casa todo ha de andar en regla.

ROSA.

No hay duda que Beroquet será un marido muy feliz.

BRIJIDA.

Y por qué no? Asi estaremos siempre de acuerdo: y no habrá mas que una voluntad.

SIMON.

Con tal que sea siempre la vuestra.

BRIJIDA.

Por supuesto; yo quiero que mi casa marche como un rejimiento.

SIMON.

Siendo vos el Coronel.

BRIJIDA.

Cabalito. No quiero que mi marido vaya á los cafés ni al villar; nada, nada, trabajar toda la semana, y sacar á su mujer á paseo to-

dos los domingos. No es verdad? asi es como se arregla una buena casa de familia, y asi es como se disfrutan las delicias del matrimonio.

SIMON.

Todo eso está muy bueno, pero si quereis escuchar mis consejos moderad un poco vuestros arrebatos, no seais tan mani-larga, y no useis de medios violentos, porque al fin y al cabo, el hombre es el mas fuerte y si se cansa de verse tratar á la baqueta, lo que no ha sucedido en un año, puede suceder en un dia.

BRIJIDA.

Y qué sucederá?

SIMON.

Nada, entonces no será él quien reciba, sino ella.

BRIJIDA.

Eso quisiera yo ver!.. Caracoles!.. levantarme á mi un hombre la mano! á mí? Vaya, me lo comeria á bocados y á arañazos... pues no faltaba mas... No me digais eso ni en broma, Señor Simon, que al pensarlo solamente se me han irritado los nervios de una manera, que me moriria si no me desahogara. Necesito encontrar á ese bribon para hartarlo de pescozones.

ESCENA VII.

DICHOS, BEROQUET.

BRIJIDA.

Ola! ya estais aqui, Señor Beroquet.

BEROQUET, *aparte.*

Misericordia, Dios mio! rebentó la bomba.

ROSA, *á Simon.*

El pobre Beroquet ha llegado en mala hora.

BRIJIDA, *cojiéndole por el brazo y trayéndole hácia el proscenio..*

Qué venís á hacer aqui?

BEROQUET, *cubriéndose las mejillas con sus manos.*

Vengo á buscar á Marcelo. Estoy citado con él para ir á despedir á nuestros camaradas los soldados que deben marchar hoy al rejimiento.

BRIJIDA.

Y á dónde ibais esta mañana con tanta prisa?

BEROQUET, *finjiendo recordar.*

Esta mañana... esta mañana...

BRIJIDA, *impaciente.*

Sí, esta mañana.

BEROQUET.

No he salido yo de mi cuarto esta mañana.

BRIJIDA.

Con qué no has salido?

BEROQUET.

Que no, he dicho; he estado grabando unas cifras en unos cubiertos del Sr. Edmundo Bonifacio Trottin. Tres iniciales, E. B. y T., y no me he movido de alli.

Al decir esto descubre una de sus mejillas.

BRIJIDA, *dándole una bofetada.*

Toma por la mentira.

SIMON.

La ví venir.

BEROQUET.

Y yo la sentí.

SIMON.

Imbécil! y te dejas pegar de ese modo?

ROSA.

Qué vergüenza!

BRIJIDA.

Señor Simon, no le deis malos consejos.

BEROQUET.

Al contrario, Simon, dadme, dadme malos consejos, porque si yo me atreviese... yo me vengaria.

BRIJIDA, *avalanzándose sobre Beroquet, que se oculta detrás de Simom.*

Qué te vengarias, has dicho, bribon!

BEROQUET.

Ea, basta de broma, que tambien es preciso que yo me desahogue. (*Brijida quiere acometerle de nuevo, pero Simon la detiene*) Detenedla, Simon, detened á esa arpía, sujetádmela bien. (*á Brijida*) Y pensais de este modo conquistar mi corazon? pues os equivocais de medio á medio. Y si yo lo hubiese sabido, cuando vinisteis á pedir mi blanca mano, os habria echado con cajas destempladas.

BRIJIDA, *furiosa.*

Qué estais diciendo?

BEROQUET.

La verdad, la pura verdad. Vos sois la que me habeis solicitado, la que me habeis seducido Quereis prepararme la horrible suerte del pobre Bornichon, á quien dicen que quitasteis la vida á fuerza de pellizcos y sofocones?

BRIJIDA.

Eres un bestia.

BEROQUET.

Y vos una furia del averno. Ya no hay nada de lo dicho, os aborrezco, me habeis ecsas-

perado. Me pronuncio por el celibato. Voy á sentar plaza, y á buscar los peligros de la guerra. Sangre, sangre y muerte necesito para vengarme.

BRIJIDA.

Qué estás diciendo, mentecato? tú militar?

BEROQUET.

Al instante lo seria, si no fuese porque no quiero separarme de mi amigo Marcelo; eso no: ojalá pudiera yo vivir sin él, como puedo vivir sin vos.

BRIJIDA.

Pues cásate con tu Marcelo.

BEROQUET.

Sois una... bestia.

BRIJIDA.

Qué quiere decir bestia?

Corre detrás de Beroquet que huye y se encuentra con Marcelo que sale del cuarto de Luisa.

ESCENA VIII.

DICHOS, MARCELO.

MARCELO.

Qué ruido es este? Vais á despertar á Luisa.

ROSA.

Está durmiendo?

MARCELO.

Sí, acabo de verla. (*aparte, á Beroquet*) He puesto debajo su almohada una carta que la informará de lo que vá á suceder.

BRIJIDA, *aparte.*

Qué secretos tendrán estos entre sí?

MARCELO.

Con que, vamos Beroquet, sígueme que ya es hora.

BRIJIDA.

A dónde vais?

SIMON.

Ya se os ha dicho: á despedir á los soldados que marchan esta tarde.

BEROQUET.

Sí, es verdad, á eso vamos, á eso.

ESCENA IX.

SIMON, ROSA *y* BRIJIDA.

BRIJIDA.

No me ha satisfecho la respuesta; aqui hay gato encerrado. Beroquet nos engaña, á él se le conoce cuando miente, y ahora...

ROSA.

Y bien, que mienta ó no... qué te puede importar?

SIMON.

Ya os ha dicho que no os ama.

BRIJIDA.

Qué no me ama! quién dice que Beroquet no me ama?

ROSA.

Toma! él mismo lo acaba de decir.

BRIJIDA.

El no sabia lo que se decia. Que no me ama! era capaz de arrancarle la lengua.. Yo lo compondré, yo conseguiré que me quiera.

SIMON.

Y pensais conseguirlo á fuerza de porrazos?

BRIJIDA.

Por supuesto: de este modo cuando menos no quedará en disposicion de que otra lo quiera.

ROSA.

Vamos, la cólera te ciega y te hace decir desatinos.

BRIJIDA, *llorando.*

Dios mio! yo que tanto le quiero! pues porque no me ha de querer él á mí.

LUISA, *dentro.*

Gran Dios! Marcelo!

TODOS.

Qué es esto?

ESCENA X.

DICHOS, LUISA.

LUISA, *fuera de sí.*

Ah! amigos mios, habeis visto á Marcelo?

ROSA.

Acaba de salir con Beroquet.

LUISA.

Oh! yo no tengo fuerzas... pero vosotros... corred, corred todos, impedid una desgracia... se vá á batir...

TODOS.

Batirse!..

BRIJIDA.

Bien decia yo que aqui habia gato encerrado.

LUISA.

Esta carta que he hallado sobre mi almohada, me anuncia su funesta resolucion.

SIMON.

No hay un instante que perder; venid Rosa... Brijida... no puede estar muy lejos.

BRIJIDA.

Sí, sí... vamos.

ROSA, *á Luisa.*

Tranquilízate, hermana mia... nosotros le encontraremos. Vamos.

Vanse.

ESCENA XI.

LUISA, *mirando la carta.*

Lo sabe todo!.. y vá á esponer su vida solo por salvar mi honor... Ah!.. pero cuál seria mi suerte si sucumbiese... mis débiles fuerzas me impiden dedicarme á ninguna clase de trabajo... Rosa... esposa de Simon, se avergonzará de que yo sea su hermana, y su marido me arrojará de su casa, porque el deshonor pesa ya sobre mi frente... La muerte, sí, la muerte es mi único recurso... Iré á reunirme con Marcelo, y allí, delante de Dios le pediré que perdone una falta que le ha robado su porvenir y su gloria. *(óyense dos tiros de pistola)* Cielos! ah!.. desde esta ventana... *(dirijiéndose á ella)* No hay nadie... no veo nada... pero me parece escuchar voces... Dios mio! Dios mio, protejednos. Yo no puedo permanecer en esta horrible incertidumbre... Voy á salir. *(se dirije á la puerta, y cuando llega enmedio de la escena se abre la puerta del fondo, aparece Marcelo y ella cae de rodillas diciendo)* Marcelo!

ESCENA XII.

LUISA, MARCELO.

LUISA.

Perdon, Marcelo!

MARCELO, *con dulzura.*

Levantaos, Luisa, levantaos: ni quiero ni puedo haceros reconvenciones: lo sé todo, los lazos que os han tendido y la resistencia que habeis opuesto.

LUISA.

Ah! no, no he sido bastante fuerte para resistir; pero si un arrepentimiento sincero, si las lágrimas que derramo noche y dia pueden encontrar perdon á tus ojos, entonces se habrá borrado una parte de mi falta, porque he sufrido mucho, y mis ojos han derramado muchas lágrimas de vergüenza y de arrepentimiento.

MARCELO.

Sí, yo he presenciado vuestros dolores, me he acordado de que me habiais librado de la muerte, y he arriesgado por vos la vida que os debia; si la hubiese perdido, no por eso me deberiais nada.

LUISA.

Me estás haciendo estremecer.

MARCELO.

Pero el cielo lo ha ordenado de otro modo, yo habia adivinado la bajeza de ese hombre, y á pesar de eso, armado de una carta suya en que os hablaba de matrimonio...

LUISA.

Aquella carta! eras tú quien la habia encontrado?

MARCELO.

Sí, y con ella en la mano fuí á humillarme á él; le hablé, le insté, le supliqué que salvase vuestro honor, y me habló de fortuna, de deberes, de familia; mil tentaciones tuve de arrojarlo á mis pies, y despedazarlo con mis manos; pero vuestro nombre volvia siempre á mi memoria, y hasta me puse de rodillas para enternecerlo.

LUISA.

Y él permaneció insensible?

MARCELO.

Ah! sí! aquel cobarde no comprendia el sentimiento que me llevaba allí; una sonrisa de desden entreabrió sus lábios, le dí una cita para batirnos, y... le he matado.

LUISA.

Ha muerto! ha muerto! quién le dará un nombre á mi hijo?

MARCELO.

Yo.

LUISA.

No te comprendo.

MARCELO.

Vais á partir sola... yo hablaré entonces de

una falta cometida en mi juventud, y diré que habeis sido vos á quien he encargado el favor de que cuide de una desgraciada.

LUISA.

Pues qué, tú quieres...

MARCELO.

La criatura inscrita bajo mi nombre, será mia, de nadie mas que mia... diremos que su madre la ha abandonado, y la confiaré á los cuidados de mi buena tia, de quien nunca se separará, y cuyo amor hácia ella nadie podrá estrañar; teniendo al mismo tiempo el consuelo de verla llevar su nombre, porque el nombre de Henriot me pertenece como á vos, Señora.

LUISA.

Ah! Marcelo! cuán bondadosa es tu alma!.. cómo podré agradecerte tanta induljencia! tan entrañable cariño!.. Pero esta partida es imposible; somos pobres: carecemos de recursos para tan crecidos gastos...

MARCELO, *sacando una cartera.*

Todo lo habia previsto. Aqui teneis dos mil francos; tomadlos.

LUISA.

Dos mil francos! Y de dónde has adquirido esta suma?

MARCELO.

Me he vendido.

LUISA.

Vendido! y has podido pensar?

MARCELO.

Perdonadme, querida tia, por el pesar que os causo... pero vuestra partida es necesaria... La felicidad de Rosa... el honor de la familia... lo ecsijen imperiosamente.

LUISA.

Jamás, jamás aceptaré, te lo prevengo. Has espuesto ya una vez tu vida por mí... y no puedo consentir que nuevamente... Ah! no creia ser tan culpable, ni juzgaba que fuesen necesarios tantos sacrificios para ocultar mi falta. Déjame, déjame decir la verdad, y que mi propia vergüenza y el desprecio de los demas sean justo castigo de mi crímen.

MARCELO.

No, no podeis escusaros. A la menor sospecha que conciba Simon, renunciará á la mano de Rosa.

LUISA.

Es imposible: yo le rogaré, yo le suplicaré de rodillas... Ah! tú no partirás; no adoptarás un hijo cuya presencia puede destruir tu porvenir.

MARCELO.

Es preciso, os digo... vienen hácia aqui, no me desmintais.

ESCENA XIII.

DICHOS, SIMON, ROSA, BRIJIDA.

SIMON, ROSA *y* BRIJIDA, *rodeando á Marcelo.*

Aqui está... aqui está...

MARCELO.

Simon... Rosa... Escuchadme. He cometido una falta, cuyo castigo vá á recaer sobre toda la familia.

SIMON *y* ROSA.

Qué quieres decir?

MARCELO.

Lejos de aqui una desgraciada jóven, ha sido seducida... y pronto será madre... Estas infelices criaturas reclaman los mayores cuidados, y Luisa se encarga de prestárselos.

Luisa le besa la mano, sin ser vista.

ROSA.

Luisa vá á partir?

MARCELO.

Yo soy quien se lo ha suplicado, y está pronta á complacerme. En el momento que se celèbre vuestro casamiento, marchará adonde la llama un deber sagrado... Me prometeis, amigos mios, que no intentareis descubrir mi secreto?

SIMON.

Puedes vivir tranquilo.

MARCELO.

Y cuando nuestra buena Luisa vuelva á reunirse con vosotros, os suplico que deis un lugar en vuestro corazon al hijo de un pobre soldado.

TODOS.

De un soldado!

MARCELO.

Sí, amigos mios, el honor lo ecsije; mi deber lo manda. Voy á combatir con los enemigos de mi patria, voy á defender nuestras banderas. Dichoso mil veces si algun dia, cubierto de gloria, puedo volveros á estrechar entre mis brazos.

ESCENA XIV.

DICHOS, BEROQUET, *con mochila á la espalda, y otra en la mano, la cual entrega á Marcelo.*

BEROQUET.

Vamos Marcelo, solo á nosotros se nos espera para marchar.

BRIJIDA.

Tambien, Beroquet? El traidor me abandona!

BEROQUET.

Sí, os abandono; voy á aprender á valiente.

LUISA, *llorando.*

Adios, Marcelo, adios.

MARCELO, *á Luisa.*

Valor, Luisa, adios... adios amigos mios.

Abraza á todos, y vase con Beroquet.

ACTO SEGUNDO.

Un taller de grabador.

ESCENA I.

SIMON, *despues* ROSA.

SIMON, *entrando.*

Aun no ha venido al obrador! dónde estará esta muchacha? *(llamando)* Maria! Maria! Apostaria á que se está jugando en su cuarto! Maria! Maria!

ROSA.

Qué tienes? por qué gritas?

SIMON.

Pues no he de gritar!.. Dónde está Maria?.. Si vuelve su padre y no la encuentra aqui, la regañará; ya sabes tú que por la menor cosita se pone con ella como un tígre.

ROSA.

Sosiégate, Marcelo ha salido, y probablemente no volverá tan pronto; dejemos á la pobre muchacha gozar un momento de libertad.

SIMON.

No, yo no me opongo á ello.

ROSA.

Quién nos hubiera dicho hace quince años, cuando Marcelo marchó al ejército recomendándonos con tanto interés á la hija del pobre soldado, que este mismo Marcelo se habia de convertir en un padre tan intratable? Marcelo que habia sido tan buen hijo?

SIMON.

Confieso que me ha engañado completamente. Y sus cartas, mujer! te acuerdas? siempre hablando de su querida Maria, siempre diciéndonos que la amásemos mucho, que la cuidásemos mucho, y que procurásemos por todos medios su felicidad.

ROSA.

Toma, y despues cuando volvió del rejimiento, no se empeñó en vivir en nuestra compañía para cuidar mejor de su hija?

SIMON.

Pues ya se vé, y por eso he llegado yo á sospechar que aqui hay algun misterio. Este cambio tan repentino en Marcelo, me dá mucho que pensar.

ROSA.

Y á mí tambien.

SIMON.

No crees tú que Marcelo amaria á su hija como antes, si no fuera porque la considera como un estorbo para sus planes en lo sucesivo?

ROSA.

Sí, algo ha de haber de eso, sin duda lo hay, porque su conducta era muy diferente en un principio. Despues habrá pensado...

SIMON.

Ya se vé, si á Marcelo se le ha ocurrido casarse, temerá que su hija sea un obstáculo que lo impida.

ROSA.

Lo mismo creo yo, y por eso... pero calla, aqui viene Maria.

ESCENA II.

DICHOS, MARIA.

SIMON.

Gracias á Dios, Señorita que os vemos por aqui.

MARIA.

Buenos dias, tio; buenos dias, tia.

Abrazándolos.

ROSA.

Ya, caricias ahora para hacernos olvidar que son las ocho y todavia no has hecho nada.

MARIA.

No lo creais: os abrazo como todos los dias porque os quiero mucho, y porque vos tambien me quereis, no es verdad?

ROSA.

Sí, hija mia, mucho. Pero no conoces que tu padre se vá á incomodar si sabe que aun no has principiado tu trabajo?

MARIA.

Pues no he tenido yo la culpa, os lo confieso, ha sido Beroquet.

ROSA.

Beroquet!

MARIA.

El mismo. Me trajo esta mañana dos tórtolas y me puse á jugar con ellas; pero me descuidé un momento y se salieron de la jaula. Y me dió tanto gusto de verlas revolotear por el cuarto, me parecian tan felices... que no tuve valor para volver á encerrarlas al instante; y hé aqui por qué no me he puesto á trabajar mas temprano.

ROSA.

Y cuando Marcelo vuelva se enfadará.

SIMON.

Es preciso sobre todo, que no se entere de esas niñerías que nos has contado. Con que vamos, manos á la obra, y no le diremos nada.

MARIA.

Y si lo pregunta?

ROSA.

Le diremos cualquier mentira.

MARIA.

No... no... yo no quiero engañar á mi padre: es muy malo mentir: me lo repite todos los dias.

SIMON, *aparte.*

Quién no ha de querer á esta muchacha?

MARIA.

Bah!.. no hay que temer su enojo... Me regañará, eso sí... pero yo le daré un abrazo, y todo se acabará! Nunca se enfada de veras conmigo... me ama demasiado para eso... (*Rosa y Simon manifiestan dudarlo*) Sí, me ama; estoy bien segura de ello. Cuando me reprende, es porque lo merezco... ya se vé, él quisiera que yo fuese un modelo de perfecciones; eso es muy natural. Lo mismo me ha de suceder á mí con mis hijos, cuando los tenga.

SIMON.

Toma! toma! por donde sale ahora!

ROSA.

Me parece haber oido á Marcelo.

MARIA, *dirijiéndose á la mesa.*

Sí? pues voy á proseguir mi tarea... Ah! no es él.

Se detiene.

ESCENA III.

DICHOS, BEROQUET, BRIJIDA.

Beroquet con grandes bigotes, y Brijida muy gruesa.

BRIJIDA.

Nada, nada, se ha de hacer como lo digo.

SIMON.

Siempre regañando!

BRIJIDA, *amenazando á Beroquet.*

Cuidado conmigo!..

BEROQUET, *con calma.*

Poco á poco, Señora Brijida, andaos con tiento, que ya se acabaron aquellos tiempos; el servicio militar me ha correjido de mis antiguas debilidades: ya no recibo, sino doy... estamos?

Hace demostracion de pegar.

BRIJIDA.

Os atreveis á levantarme la mano?

BEROQUET.

Y á bajarla tambien, Señora mia: el temperamento cambia con la edad.

BRIJIDA.

Pues mis gustos son siempre los mismos, nada he variado en quince años.

BEROQUET.

Yo lo creo, habeis pasado una gran parte

de ellos allá en las colonias, adonde fuisteis á recojer vuestra herencia, y es seguro que allí no os habrán faltado ocasiones de ejercitaros...

Repite la demostracion anterior.

BRIJIDA.

Oh! aquel es un pais delicioso. Todo el dia lo pasaba con un látigo en la mano paseándome entre los negros, y al primero que me miraba con malos ojos, zas, le sacudia; y fuerte.

BEROQUET.

Y por qué no os quedasteis por allá? Lo que es por aqui, es preciso que vayais olvidando esas malas mañas.

SIMON.

Pero es posible que nunca habeis de estar en paz?

BRIJIDA.

Ese socarron tiene la culpa.

BEROQUET.

Yo?

BRIJIDA.

Sí, tú. (*á Simon y Rosa*) Vosotros vais á decidirlo.

SIMON.

Siempre será por alguna tontería.

BRIJIDA.

Os lo diré, y sentenciareis entre los dos. El Señor Beroquet, que está ahora muy rico, segun parece...

BEROQUET.

Dale con las riquezas...

BRIJIDA.

Hace frecuentes regalos á la Señorita Maria.

MARIA.

Y os enfadais por eso?

BRIJIDA.

No por cierto, Señorita: ya sabeis cuanto os queremos todos en casa, y de ningun modo pudiera incomodarme porque os regalase.

BEROQUET.

Pues entonces...

BRIJIDA.

Silencio, aun no he concluido. Yo quiero que cuando haga un regalo á la Señorita, me haga tambien á mí otro igual: nada mas justo y conforme, atendida la altura á que nosotros nos encontramos.

BEROQUET.

Altura! no sé yo á la verdad...

BRIJIDA.

Pues qué, tendreis la intencion de hacerme esperar otros quince años?

BEROQUET.

No he decidido todavia nada respecto á ese asunto. Desde luego, aun no ha pasado bastante tiempo desde nuestro respectivo regreso, para saber lo que cada cual ha ganado ó perdido por esos mundos.

BRIJIDA.

En cuanto á mí, ya lo veis, me ha respetado el tiempo; conservo toda mi frescura y lozanía.

BEROQUET.

Pero quince años, sobre los que contabais al tiempo de separarnos, no son un grano de anís; y es seguro... que... (*aparte*) muy pronto la empezarán los alifafes...

BRIJIDA.

En fin, qué determinais?

BEROQUET.

No digo ni que sí ni que no... Yo me he formado, acá en mi cabeza, una especie de dicha particular... (*mirando á Brijida*) Ademas ecsisten en mi favor algunas deudas atrasadas, de allá del tiempo de mi juventud, y si me caso... (*repitiendo el mismo ademan*) ha de ser para hacérmelas pagar.

BRIJIDA.

En efecto, algo me debeis todavia.

BEROQUET.

Pero de cualquier modo nada puedo determinar sin consultar á Marcelo. Si él me dice que no me case, no me caso.

BRIJIDA.

Lo veremos.

BEROQUET.

Eh?..

BRIJIDA.

Nada, nada.

BEROQUET, *aparte*.

Se me figuró que me íbais á dar ocasion de anticiparos alguna cosa á cuenta.

BRIJIDA.

No parece sino que sois un menor de edad que no podais resolveros por vos mismo.

BEROQUET.

Apelo á todos los presentes, puedo yo efectuar un acto tan importante sin consultar antes á Marcelo?

ROSA.

No, sin duda alguna.

MARIA.

Sí, sí, debeis consultar á mi padre.

SIMON.

Lo mismo pienso yo.

BEROQUET.

Ya lo oís, Brijida, necesito la aprobacion de Marcelo, porque Marcelo, ademas de ser mi amigo desde la infancia, me ha dispensado mil beneficios, y cuando hemos peleado juntos, me ha salvado la vida por tres veces. Cómo quereis, pues, que yo me establezca sin su consentimiento? Lo repito, no haré mas que lo que él me diga; no tengo mas voluntad que la suya.

MARIA.

Bien, Beroquet, sois un escelente amigo; asi es como debe quererse á mi padre.

BRIJIDA.

Pues bien, podeis consultarle; no quiero oponerme á ello.

ROSA.

Aqui está justamente.

ESCENA IV.

DICHOS, MARCELO.

ROSA.

Te esperábamos, Marcelo.

SIMON.

Y Maria habia dejado un instante su trabajo.

MARCELO.

Bien está, bien está... Ah! Beroquet, me alegro de hallarte aqui.

BEROQUET.

A tus órdenes, Marcelo; qué tienes que mandarme?

MARCELO.

Buenos dias, Señora Brijida.

SIMON.

Ni una palabra á su hija.

MARCELO, *aparte.*

El contrato está pronto; pero me falta valor para consumar este sacrificio; sin embargo es preciso hacerlo... (*alto*) Y bien, Maria, has adelantado mucho en tu obra?

SIMON.

Acaso la encuentres algo atrasada, pero no es culpa suya; nosotros somos los que...

MARCELO.

No es á ti á quien lo pregunto, deja que ella misma me responda. Apuesto á que se ha estado jugando toda la mañana.

BEROQUET.

Aun no son mas que las nueve.

MARCELO, *á Beroquet.*

Qué tienes tú que ver con eso?

BRIJIDA, *aparte.*

Qué carácter tan áspero! Si fuese mi marido!..

Hace ademan de pegar.

BEROQUET, *bajo, á Brijida.*

No lo creais; todo eso es finjido.

MARCELO, *acercándose á ver el grabado que está haciendo Maria.*

Lo mismo que habia sospechado; no has hecho nada, nada absolutamente, y ni siquiera has venido á darme los buenos dias.

MARIA.

Como te he visto tan enojado, aguardaba á que...

ROSA.

Tiene razon.

MARCELO.

Está bien... pero á lo menos le habrás dado las gracias á Beroquet por las tórtolas que te ha regalado?

BEROQUET, *aparte.*

Por qué le habrá ocurrido ahora hablar de esto?

BRIJIDA, *bajo, á Beroquet.*

Ola! con que le habeis traido tórtolas, eh? pues yo tambien quiero tórtolas. Vaya, pues poquito me gustan á mí las tórtolas.

MARIA, *á Marcelo.*

Esperaba á que... pero tú puedes decirle en mi nombre que he agradecido mucho su regalo.

MARCELO.

Lo oyes, Beroquet?

BEROQUET.

No merece la pena; á mí no me ha costado nada...

Marcelo le hace señas para que calle.

MARIA, *aparte, mirando á Marcelo.*

Se le figura que yo no he adivinado...

SIMON.

Vamos, Rosa, que se pasa el tiempo; arreglemos el taller: Beroquet y Marcelo tienen que trabajar.

ROSA, *á Marcelo.*

Eres muy injusto con Maria.

MARCELO.

Es preciso ser severo con los hijos.

BRIJIDA, *á Beroquet.*

Con que le hablareis al instante á Marcelo?

BEROQUET.

Ya he dicho que sí.

BRÍJIDA.

Pues en el interin, voy al mercado á escojer mis tortolitas.

Vanse Simon, Rosa y Brijida. Marcelo, Beroquet y Maria se ponen á trabajar.

ESCENA V.

MARCELO, BEROQUET, MARIA.

BEROQUET.

Estoy seguro que vá á escojer las mejores, y por consiguiente las mas caras.

MARCELO, *haciendo seña á Beroquet.*

Beroquet... escucha.

BEROQUET.

Qué quieres?

MARCELO, *mirando si Maria los observa.*

Mira... toma este dinero; llégate al almacen de modas que está enfrente, recoje un paquete que he dejado alli separado, y ponlo despues en el cuarto de Maria.

MARIA, *aparte.*

Papá le ha dado dinero á Beroquet... ya me figuro para lo que es.

BEROQUET, *á Marcelo.*

En verdad que no comprendo el motivo que tengas para estos misterios. Te deshaces por complacer los deseos mas insignificantes de tu hija, y usas al mismo tiempo de las mayores precauciones para que ella no lo sepa.

MARCELO.

Debes pues conocer que aunque yo la ame entrañablemente, es necesario que ella lo ignore.

BEROQUET.

Es muy posible, pero esa no es una razon para aparentar que no se la puede sufrir.

MARCELO.

No es eso precisamente lo que yo hago.

BEROQUET.

Tan cierto es, que todo el mundo lo conoce al instante, y por eso te llaman el mal padre. Mal padre á tí! oh! si no te hubiese prometido callarme...

MARCELO.

Y me llaman asi delante de Maria?

BEROQUET.

Algunas veces.

MARCELO.

Y ella que responde?

BEROQUET.

Toma tu defensa, y dice que eres muy bueno. Oh! lo que es conocerte, Maria te conoce bien, y haces mal en disimular con ella.

MARCELO.

Te repito que es preciso.

BEROQUET.

Pero no es eso solo, hay otra razon para que dejes de hacer esas tonterias.

MARCELO.

Otra razon! cuál puede ser?

BEROQUET.

Sí, sí, te la voy á decir. Pues Señor, has de saber que Brijida, esa mismísima Brijida que se está quemando las pestañas por casarse conmigo, ha llegado á oler que yo le hago regalitos á tu hija... (*movimiento de Marcelo*) No, no, no es que Brijida tenga celos de Maria, pero los tiene de los regalos, y ahora mismo me acaba de decir que cuantos le haga á tu hija, otros tantos tengo que hacerle á ella. Luego, ya lo sabes, tiene un modo de hacerse obedecer...

MARCELO.

Y tiene mucha razon; nada mas natural que seas galante con ella.

BEROQUET.

Pues mira ahí lo que á mí me parece enteramente inútil. Supon tú que no me case, lo que yo gaste en regalarla, eso mas habré perdido.

MARCELO.

Pero yo creo que te casarás.

BEROQUET.

Ah! con qué tú me aconsejas que me case?

MARCELO.

Sí, te lo aconsejo.

BEROQUET.

Me lo aconsejas?

MARCELO.

Sí.

BEROQUET.

Pues bueno, me casaré!

MARCELO.

Ahora lo que es menester es que vayas á hacer mi encargo.

BEROQUET.

Voy corriendo.

MARCELO, *aparte.*

Jamás, jamás podré separarme de María.

BEROQUET.

De camino le diré á Brijida que me caso

con ella. Y lo que es para pagar el encarguillo, quiere decir que entraré por la trastienda para que esa maldita no me vea; si no vamos á tener zosquines.

ESCENA VI.

MARCELO, MARIA.

MARIA, *aparte.*

Ya yo sé á lo que vá Beroquet.

MARCELO, *aparte.*

Ah! querida Maria, quién pudiera satisfacer todos tus deseos!

MARIA, *yendo hácia él.*

Estás enfadado, papá?

MARCELO.

Por qué me lo preguntas?

MARIA.

Porque tengo que darte los buenos dias, y cuando estás de mal humor, entonces no me dás ningun abrazo.

MARCELO, *sonriendo.*

Pues bien, no estoy de mal humor. Picarilla!

Maria se acerca á Marcelo, le abraza, deja caer su cabeza sobre el pecho, y le presenta la frente para que la bese.

MARIA.

No, bien sabes tú que no lo soy, y la prueba es que no me enfado cuando me riñes.

MARCELO.

Pues no faltaba mas.

MARIA.

Lo que me sucede es que me dá mucha pena de haberte incomodado... pero como yo sé que tú me quieres...

MARCELO, *con seriedad.*

Lo sabes?

MARIA.

Sé que me quieres mucho, mas de lo que aparentas.

MARCELO, *separándose de Maria.*

Has olvidado, hija mia, que el trabajo que te he encargado corre mucha prisa?

MARIA.

Ah! nada mas que un momento, papá mio déjame hablar contigo, y luego me estaré trabajando todo el dia.

MARCELO.

Vamos á ver, qué tienes que decirme?

MARIA.

Siéntate aqui.

MARCELO, *sentándose.*

Vamos, dí, ya te escucho.

MARIA, *reclinándose sobre su hombro.*

Tengo que reñirte.

MARCELO.

A mí?

MARIA.

Sí, á ti, porque siempre que hay jente delante, te empeñas en buscar motivos para enfadarte, para mostrarte severo conmigo, y para ocultar el cariño que yo sé que me tienes.

MARCELO, *con bondad.*

Y eso te causa pena?

MARIA.

Sí, por ti mas bien que por mí; porque entonces dicen que tienes mal jénio, que eres intratable, cruel, en fin, que eres un mal padre, y esto me aflije y me angustia el corazon; porque yo sé que no es verdad, porque yo sé que eres bueno, jeneroso y hasta débil con esta hija á quien tanto amas, y por quien todo lo sacrificarias en el mundo.

MARCELO.

Ah! crees tú que mi cariño hácia tí?..

MARIA.

Sí, lo sé, sé que no puede ser mas grande.

MARCELO.

Y cómo lo sabes?

MARIA.

Cómo? mira, hace mucho tiempo que yo me decia á mí misma, es una cosa muy singular; por qué este Beroquet que es tan avaro, tan miserable con todo el mundo, se ha hecho tan jeneroso conmigo? no, esto no es natural en él, y mira tú lo que discurrí; cuando estaba sola con él decia que tenia deseo de tener tal cosa, y nunca me la traia; luego hice lo mismo cuando estaba á solas contigo, cuando no estaba aqui Beroquet, y entonces, al instante el vestido, los dulces, las tórtolas, todo lo que yo queria, al momento me lo traia Beroquet. Pues Señor, cómo es esto? á quién tengo yo que agradecer estos regalos?

MACELO, *con seriedad.*

Y qué, es ese el reconocimiento que profesais á Beroquet por su jenerosidad con vos? á Beroquet que os ama como á una hermana? Porque Beroquet es económico, decís que es avaro; por no guardarle reconocimiento, negais sus beneficios, finjís dudar de su liberalidad para con vos... oh! esto es muy mal hecho, muy mal hecho, Maria; la ingratitud es el peor de todos los vicios. (*viendo que Maria llo-*

ra) Vamos no lloreis y tratad de enmendaros.

MARIA, *abrazándole.*

Padre mio, no me riñais, no os pongais tan sério conmigo; vuestras reconvenciones me parten el corazon.

MARCELO.

Peor es lo que estais diciendo, peor.

MARIA.

Perdóname, papá.

MARCELO.

Sí, sí, os perdono.

MARIA.

Pues bien, abrázame.

MARCELO.

No, ahora no lo haria de buena voluntad.

MARIA, *llorando.*

Eso es que no me quieres.

MARCELO.

No, no os quiero.

MARIA, *cayendo en una silla.*

Ah! mi padre no me quiere, Dios mio! Dios mio!

MARCELO, *yendo hácia ella.*

Maria, Maria, hija mia! Vamos, no te riño sosiégate, vuelve en ti. (*se pone de rodillas*) Te quiero, sí, te quiero, hija mia, no llores mas. (*diríjese á la puerta y grita*) Rosa, Rosa, Simon... En dónde estais?

Acércase á Maria que ha vuelto en sí.

MARIA.

Lo ves, padre mio, lo ves como me quieres?

MARCELO, *turbado y como reponiéndose.*

Estás mala? Qué tienes?

MARIA.

Nada, padre mio, nada.

MARCELO.

En esta casa se podria uno morir sin que nadie viniese á socorrerle; dónde han ido estas jentes?

MARIA.

A estas horas, Rosa está en el mercado, y Simon en sus quehaceres; Beroquet es el que suele estar aqui, pero como tú le enviaste yo no sé á qué...

ESCENA VII.

DICHOS, BEROQUET.

BEROQUET, *aparte.*

Me parece que esa maldita Brijida me ha columbrado al salir de la tienda.—Ola! ola! aqui estoy yo.

MARCELO.

De dónde vienes?

BEROQUET.

Toma! (*Marcelo le hace señas*) Vengo... de la comedia...

MARIA, *riendo.*

De la comedia! Pues qué hay comedia por la mañana?

MARCELO, *á Beroquet.*

Torpe!

BEROQUET.

Cuando digo de la comedia, quiero decir... pues... habia ahí unos saltinbanquis que estaban en mitad de la calle... Dios mio! y qué saltos pegaban!..

MARIA.

Sí, sí, de dónde vendrás tú?

BEROQUET, *á Marcelo.*

Calla!, verás como yo lo compongo.—Ah! Señorita Maria, se me olvidaba deciros que Rosa os espera en vuestro cuarto.

MARIA.

Voy allá. En mi cuarto, eh?

BEROQUET, *aparte.*

Qué talento tengo!

MARIA.

Pero á mí se me antoja que no es Rosa la que me está esperando, y que lo que voy á encontrar alli es un vestido que me habia gustado mucho... (*tomando la mano á Marcelo y sin mirar á Beroquet*) y por el cual doy gracias al Señor Beroquet que ha adivinado lo que me gustó la última vez que salí con mi papá.

Vase muy contenta.

ESCENA VIII.

MARCELO, BEROQUET.

BEROQUET.

Se lo has confesado todo?

MARCELO.

Somos un par de mentecatos... Maria se ha burlado de nosotros completamente.

BEROQUET.

Por fin el enredo está descubierto.

MARCELO, *aparte.*

Tiemblo al pensar que puede descubrir mi secreto.

BEROQUET.

Tanto mejor; asi no me arruinará Brijida. *(mirando por la ventana)* Miedo tengo de encontrarme con ella.

MARCELO.

Imposible permanecer mas tiempo en esta situacion: mi vida es un infierno.

BEROQUET, *desde la puerta.*

No la veo.

Se pone á trabajar.

MARCELO.

Oh! ni soy dueño de resistir á sus seducciones, ni tampoco puedo decir la verdad sin descubrir una falta que lleva consigo una nota de infamia.

BEROQUET.

Marcelo!.. no me escucha... alguna cosa me oculta.

MARCELO.

Pero en vano vacilo, este matrimonio se verificará; Beroquet es bueno, y Maria la inocencia misma. Sí, será dichosa; este sacrificio mas y la salvo, salvándome yo mismo.

BEROQUET, *yendo hácia Marcelo.*

Marcelo! tú estás triste y yo no conozco la causa de tus pesares.

MARCELO, *conmovido.*

Sí, sí, estoy triste, muy triste, sufro horriblemente... Dios mio! Dios mio!

BEROQUET.

Pero dime á lo menos...

MARCELO.

Tú eres un verdadero amigo, es verdad?

BEROQUET.

Pues me gusta la pregunta! eso es hacerme una injuria.

MARCELO, *apretándole la mano.*

Vas á darme una prueba de ello.

BEROQUET.

De que soy tu amigo?

MARCELO.

Sí.

BEROQUET.

Yo te lo probaré mostrándote que no soy ingrato, y que me acuerdo de lo que se hace conmigo.

MARCELO.

Oye, pues.

BEROQUET.

Es menester que me arroje en el fuego, y que me deje consumir sin chistar? es menester?..

MARCELO.

Es una cosa mas fácil.

BEROQUET.

Tanto peor; en fin veamos lo que es.

MARCELO.

Un sacrificio que ecsijo de tu cariño.

BEROQUET.

Qué sacrificio es ese?

MARCELO.

Tú sabes que Maria es una escelente muchacha, sabes cuán amable es su carácter, y tampoco dudas de su virtud.

BEROQUET.

Hay alguien que dude de su virtud? dime quien es, y voy á romperle la cabeza.

MARCELO.

No, todo el mundo le hace justicia, pero á pesar de eso es desgraciada.

BEROQUET.

Como tú la estás regañando contínuamente...

MARCELO, *incomodado.*

Con eso es con lo que tú no tienes nada que ver.

BEROQUET.

Verdad, verdad; no lo digo para que te incomodes.

MARCELO.

En fin, es el caso que yo no quiero cambiar de conducta, y que tampoco quiero que aria tenga que sufrir por mas tiempo mi mal humor; por eso he resuelto casarla.

BEROQUET.

Casarla!

MARCELO.

Y como lo que principalmente quiero es que sea tan dichosa como merece, te he elejido á ti para que seas su marido.

BEROQUET, *estupefacto.*

A mí? yo? de veras me has elejido para que sea su marido?

MARCELO.

Sí, sí, de veras.

BEROQUET.

Y me decias que me ibas á pedir un sacrificio! un sacrificio! casarme con tu hija!.. ser tu yerno!.. tener muchachos que te llamen abuelo! y ser en fin el esposo de la Señorita Maria, que es un ánjel! disfrutar todas las felicidades humanas!.. Y á esto es á lo que tu llamas un sacrificio?.. Ah! bueno, Dios mio! estoy loco!.. no puedo mas... se me saltan las lágrimas de contento... si me parece un sueño!..

MARCELO, *aparte.*

Su alegria me hace daño.

BEROQUET.

Pero, canario! una cosa hay que me incomoda, esa maldita Bríjida: ahora justamente acababa de decirla que me iba á casar con ella, que tú me lo habias aconsejado... pero en fin yo lo compondré como pueda.

MARCELO.

Ahora mismo has de ir á casa del notario: traetelo contigo porque el contrato está estendido.

BEROQUET.

Voy corriendo. (*aparte*) Pobre Bríjida! Si á lo menos quisiese que armásemos una peloteria... entonces yo me defenderia y reñiriamos... (*alto*) Adios, Marcelo, adios, papá, qué respeto te voy á tener! Dime, y te he de besar la mano todas las mañanas?

Vase.

ESCENA IX.

MARCELO, *solo.*

Ya no tiene remedio, se hará este casamiento: Beroquet es un escelente muchacho, Maria será feliz con él, y yo no tendré que luchar constantemente con mi pasion y con mi deber. Oh! son terribles mis sufrimientos!.. Maria que es todo mi amor en el mundo, á fuerza de oir repetir que no la amo, acabará tambien por creerlo... ah! esta idea es demasiado cruel para que yo pueda soportarla mucho tiempo: no, la hablaré, la diré que no soy su padre, la descubriré la verdad... pero ah! Dios mio! me dirán que me he vuelto loco, me dirán que soy un insensato... y no querrán creerme. No la he reconocido por hija mia en un documento auténtico y formal? la muerte de mi tia no ha convertido aquella mentira en una verdad eterna? En vano compareceré ante un tribunal y diré que puedo casarme con Maria sin cometer un crímen; la ley impasible y severa me responderá que soy su padre... Luisa, Luisa! cuán caro me cuesta vuestro honor!.. pero... no, lejos, lejos de mi tan crueles pensamientos... aqui viene Maria... pobre niña!.. acaso voy á causarla un gran pesar...

ESCENA X.

MARCELO, MARIA.

MARIA.

Creí que estaba aqui Beroquet, y venia á darle las gracias por su regalo. Pero es igual, te las daré á ti, papá, y tú se las darás á él en mi nombre.

MARCELO.

Ven acá hija mia, tenemos que hablar de un asunto muy sério.

MARIA.

A mí no me gusta hablar de cosas sérias.

MARCELO.

Sin embargo, es preciso que me oigas.

MARIA.

Pues bien, dí; pero el caso es que tienes un aire tan grave que me dá miedo, y á pesar de eso me miras con mas ternura que acostumbras. Vuelves los ojos?.. Estás llorando? qué es lo que tienes que decirme? Ah! si es alguna cosa que me ha de causar pesadumbre, no me la digas, para qué quiero yo saberla?

MARCELO.

Es preciso que lo sepas, Maria, hija mia... razones muy poderosas que yo no puedo decirte me obligan á casarte.

MARIA.

A casarme? no, no; yo no quiero casarme; no quiero separarme de tí... (*se arroja en sus brazos llorando*) Ya sospechaba yo que me ibas á dar alguna mala noticia.

MARCELO.

Tú no sabes cuanto me cuesta la pena que te causo, pero es indispensable este matrimonio, y como quiero que seas dichosa, he creido que Beroquet...

MARIA, *con viveza.*

No, no, yo no quiero á Beroquet.

MARCELO.

Pero no eres tú su amiga?

MARIA.

Sí, eso sí, mucho.

MARCELO.

Pues bien.

MARIA.

Pero á la sola idea de pasar mi vida con él, se desvanece mi amistad. Le quiero como á un amigo de la casa, pero conozco que le

aborreceria si llegase á ser otra cosa para mí.

MARCELO.

Ya te acostumbrarás á mirarle como tu marido.

MARIA.

Oh! no, no; jamás: yo no puedo quererle. Sí tú quieres que me case con él, me casaré, pero sábelo, acabaré por aborrecerle, y entonces seremos todos desgraciados.

MARCELO.

Desgraciada tú, Maria? no, jamás.

MARIA.

Escucha; ahora que estamos solos y despacio, como á mí me gusta estar contigo, voy á abrirte mi corazon, á decirte mis pensamientos, á manifestarte mis deseos. No te reirás de mí, no?

MARCELO.

No, hija mia, no.

MARIA.

Pues mira, yo no soy como las demas jóvenes de mi edad; todas ellas lo que mas desean es casarse, y á mí esta idea me desazona.

MARCELO.

Y por qué?

MARIA.

Porque á mí me parece que el cariño que siento por ti, satisface enteramente mi corazon; cualquiera otro amor me seria insoportable.

MARCELO.

Sin embargo, tú amas tambien á Rosa, amas á su marido, amabas á tu tia Luisa.

MARIA.

Ah! sí, á mi tia Luisa la queria yo mucho, y cuando la perdí, tú sabes cuanto lloré... pero si te perdiese á ti...

MARCELO, *abrazándola.*

Ah! mi querida Maria!..

MARIA.

Es que yo no puedo esplicarte todo lo que te quiero. Cuando te separas de mí, me parece que me quedo sola en el mundo, y cuando vuelvo á verte, soy otra vez completamente dichosa.

MARCELO.

Ah! qué es lo que dices?

MARIA.

Con que ya ves si yo he de querer separarme de ti: no, no quiero casarme, ni quiero tampoco que tú te cases, porque aborreceria á tu mujer.

MARCELO.

Seria posible?

MARIA.

Tendria celos de ella.

MARCELO.

Calla, Maria, calla.

MARIA.

Por qué he de callarme? no quieres que te diga todo lo que siento? todo lo que pienso?

MARCELO.

Basta, basta. (*aparte*) Me ama y yo iba á renunciar á este matrimonio... Ah! si tú supieses!..

Oculta su cabeza entre sus manos.

MARIA.

Qué es lo que tienes? me das miedo.

MARCELO.

Qué es lo que tengo, Maria? Te suplico de rodillas que aceptes el matrimonio que te he propuesto.

MARIA.

Pero por qué?

MARCELO.

Por qué?.. si supieras... y es menester que lo sepas... voy á confiarte un secreto, del cual depende el honor de nuestra familia.

MARIA.

Dios mio! el honor de nuestra familia!

MARCELO.

Maria!.. yo no soy tu padre!..

MARIA, *con sorpresa.*

Qué no eres mi padre! (*se acerca á él y le toma la mano*) Ah! no me digas eso... me haces estremecer...

MARCELO.

Tú eres hija de la que llamabas tu tia... no, yo no soy tu padre.

MARIA, *retrocediendo.*

Será verdad?

MARCELO.

Yo te he dado mi nombre para salvar la reputacion de tu madre; te he adoptado, y ante la ley eres mi hija.

MARIA, *llorando.*

Con que tú no eres mi padre?..

MARCELO.

Pero aun no lo sabes todo. Ahora... cuando yo te rogaba que te casases con Beroquet, queria salvarme de un peligro que me amenaza en todas partes y á todas horas. Queria alejarte de mí... porque conozco que te amo, Maria. Te amo... y no como un padre; yo sabia que

no era para ti sino un estraño, sino un pariente lejano... y te adoré, Maria.

MARIA.

Ahora comprendo yo lo que pasaba en mi corazon... yo tambien os amo... pero al salvar el honor de mi madre, habeis levantado entre nosotros dos una barrera invencible...

MARCELO.

Sí, si, invencible... porque los hombres no son bastante poderosos á invalidar el documento en que te he reconocido por hija mia... y ahora que lo sabes todo, qué piensas hacer, Maria? qué piensas hacer?

MARIA.

Cumpliré con mi deber.

MARCELO.

Bien, bien, siempre hija mia? no es verdad?

Abrazándose.

ESCENA XI.

DICHOS, SIMON, ROSA, *despues* BEROQUET *y el* NOTARIO.

SIMON.

Ola! ola! qué significa esto? Contrato! matrimonio! qué diablos ha ocurrido aqui?

ROSA, *á Maria.*

Con que te vas á casar?

MARIA.

Sí, es verdad; voy á casarme.

ROSA.

Pero cómo es eso, cuándo esta mañana no se hablaba todavia de este matrimonio?

SIMON.

Y con quién te casas?

MARIA.

Con Beroquet.

SIMON *y* ROSA.

Con Beroquet!

MARCELO, *aparte.*

Desgraciada Maria!

BEROQUET, *saliendo.*

Aqui estamos todos: es decir, yo y el notario con sus papelotes.

MARCELO, *al notario.*

Sentaos, Caballero, y no perdamos tiempo. (*aparte*) La situacion es demasiado penosa para prolongarse.

SIMON, *á Rosa.*

Cuidado si Marcelo obra con precipitacion.

NOTARIO.

El contrato se ha estendido como habeis dicho: quereis que lo lea?

MARCELO, *despues de mirar á Maria que hace un movimiento negativo.*

Es inútil, firmemos en seguida.

BEROQUET.

Comienzo á creer que esta muchacha esta loca por mí.

MARIA, *á Marcelo, apretándole la mano.*

El deber me dá fuerzas.

Se acerca á firmar.

NOTARIO, *á Beroquet.*

Ahora os toca á vos, Señor Beroquet.

BEROQUET.

Allá voy con todo mi corazon.

Firma.

NOTARIO, *á Marcelo, que está sumamente distraido.*

Venid á firmar, Caballero.

MARCELO, *despues de firmar, y aparte.*

Cuánto sufro! cuánto sufro!..

SIMON, *dirijiéndose á firmar.*

Yo no lo entiendo, pero me parece que firmando este contrato, me hago cómplice de una mala accion.

MARIA, *cayendo en una silla.*

Dios mio!.. no puedo mas... las fuerzas me abandonan...

TODOS.

Qué es esto? qué es esto?

MARCELO.

Maria se ha desmayado.

La rodean.

BEROQUET, *aparte.*

La alegria de casarse conmigo.

ESCENA XII.

DICHOS, BRIJIDA.

BEROQUET.

Brijida!.. Cayose la casa á cuestas...

BRIJIDA, *yendo hácia él desatentada.*

Es verdad lo que acaban de decirme?

BEROQUET.

Chist... Silencio, Señora Brijida, que hay enfermos en casa.

BRIJIDA, *apretándole la mano.*

Ya veras lo que te vá á suceder.

BEROQUET, *mirándola con calma.*

Y bien, qué es lo que teneis que ver conmigo...

BRIJIDA, *cayendo en los brazos de Beroquet.*

Ay! yo tambien me desmayo...

BEROQUET, *sosteniéndola.*

Vaya una majadería! Eh! Señora Brijida, que pesais mucho; hasta de patatús...

MARCELO.

No vuelve en sí... ah!..

Maria permanece desmayada, rodeada de Rosa Simon y Marcelo. Beroquet hace esfuerzos para soltar á Brijida.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un jardin con berja en el fondo. Un pabellon á la derecha, cuyas puertas persianas deben estar en frente del espectador.

ESCENA I.

BRIJIDA, *despues* BEROQUET.

Brijida aparece en la berja llamando, y Beroquet dirijiéndose á abrir.

BEROQUET.

Vírjen santa! qué es lo que veo, Brijida por aqui?

BRIJIDA.

La misma Señor Beroquet, la misma, pero no vayais á pensar que vengo por vos á Vincennes; despues de la que me habeis jugado...

BEROQUET.

En efecto, ha sido una mala pasada, pero ya no tiene remedio, Señora Brijida, porque como quien dice, ya no me pertenezco. Hace ocho dias que celebramos los esponsales delante del notario, y en cuanto lleguen ciertos papeles que esperamos de Fontenebló, se principiarán las amonestaciones, y se celebrará la boda.

BRIJIDA.

Y qué papeles son esos?

BEROQUET.

Qué sé yo? la partida de bautismo de mi futura, los contratos y otros documentos...

BRIJIDA.

Con que, segun eso, la Señorita Maria se ha mejorado ya?

BEROQUET.

Quién, mi esposa? si, ya está casi buena.

BRIJIDA.

Vuestra esposa! todavia no lo es.

BEROQUET.

Pues qué falta ya para que lo sea? nada en sustancia. Que vengan los papeles, que los vea el Correjidor, que pasen despues á la parroquia, que los vea el Señor cura, y que nos echen la de S. Pedro y S. Pablo.

BRIJIDA.

Y os parecen poco todas esas formalidades? Os repito, Señor Beroquet, que aun no podeis cantar victoria. Pero, decidme, la Señorita Maria está ya mas contenta? habla mucho de su boda?

BEROQUET.

Hé aqui unas preguntas á que no puedo contestar, Señora Brijida; porque habeis de saber que mi esposa, por una especie de capricho ó manía que la ha dado, no ha querido verme durante su enfermedad.

BRIJIDA.

Y despues?

BEROQUET.

Despues... sucede lo mismo. Ya hace dos dias que se levanta y pasea por el jardin de esta casa de recreo, adonde Marcelo la ha hecho conducir, y para evitar que me vea, tengo necesidad de andar siempre escondiéndome. Ya se vé, Simon y Rosa dicen que mi presencia puede causarla alguna recaida, y ya conocereis que esto comprometeria mi porvenir.

BRIJIDA.

Vuestro porvenir!.. bonito porvenir os espera... pero me alegraré, porque á decir verdad, nunca sereis tan desgraciado como yo deseo que lo seais.

BEROQUET.

Ya, ya comprendo vuestra desesperacion, Señora Brijida, y todos los dias me quejo amargamente de no haber nacido sultan á fin de poder tener muchas mujeres.

BRIJIDA.

Os agradezco el buen deseo; pero habeis

de saber que á mí no me gustan esas poligamias; yo quiero un hombre para mí sola, solita, solita, lo entendeis?.. (*con sentimiento*) Ay, Señor Beroquet! si no hubiérais olvidado tan pronto aquellos buenos tiempos!..

Hace ademan de pegar.

BEROQUET.

Dejemos eso, Señora Brijida, no nos conviene hablar de lo pasado.

BRIJIDA.

Bastante tormento me dan estos recuerdos, pero cómo ha de ser... Y podreis decirme, Señor Beroquet, para qué me ha mandado venir Rosa con tanta precipitacion?

BEROQUET.

No lo sé á punto fijo, pero será precisamente para encargaros los vestidos de boda.

BRIJIDA, *con rabia.*

Si tal creyese!..

BEROQUET.

Qué es lo que hariais?

BRIJIDA, *calmándose.*

Nada, me volveria inmediatamente á París.

BEROQUET.

Lo mismo dá... pero ola! ya viene aqui Simon, mi mujer no debe tardar. Voime pues á esconder en lo mas retirado del jardin... En verdad que si en viviendo juntos hemos de andar siempre asi... no, no hay peligro de que regañemos. Con que hasta la vista, Señora Brijida.

BRIJIDA.

Pues qué, ya os vais, Señor Beroquet?

BEROQUET.

Es preciso, mi presencia le hace mucho efecto á mi mujer.

Vase.

ESCENA II.

BRIJIDA, SIMON.

BRIJIDA.

Qué bonachon es este Beroquet!.. Ay! qué marido he perdido!

SIMON.

Me alegro de veros, Señora Brijida, os esperábamos con impaciencia.

BRIJIDA.

Y me direis para qué se me necesita?

SIMON.

Se trata de que nos ayudeis en un proyecto que hemos fraguado mi mujer y yo, de cuyo resultado depende la felicidad de todos nosotros.

BRIJIDA.

La felicidad de todos!

SIMON, *con misterio.*

Queremos meteros en una conspiracion...

BRIJIDA, *asustada.*

En una conspiracion! nada menos que eso, Señor Simon, yo no quiero comprometerme; pues están buenas las cosas para andarse con esas bromas.

SIMON.

No tengais cuidado; es una conspiracion contra Marcelo.

BRIJIDA.

Ya, eso es diferente. Asi me vengaré del mal que me ha causado. El tiene la culpa de lo que yo sufro. Porque si supiérais, Señor Simon, cuánto me fastidia el vivir sola... En fin, de que se trata?

SIMON.

Ya sabeis, Brijida, que al tiempo de firmar ese maldito contrato, Maria cayó con una enfermedad, de que apenas se ha restablecido aun. Si este matrimonio fuese de su gusto, creeis que le hubiese sentado tan mal desde el principio?

BRIJIDA.

Por supuesto, porque en esos momentos se suele una desmayar de placer, pero semejantes desmayos no duran tanto.

SIMON.

Lo que acaba de probar que el tal matrimonio era contra su voluntad, es que durante su enfermedad le hacian estremecerse la presencia de Marcelo y de Beroquet.

BRIJIDA.

Y que Beroquet tiene que ocultarse cuando ella sale á pasear por el jardin; él mismo me lo acaba de decir. Pero de qué se trata?

SIMON.

Hoy es cuando deben llegar de Fontenebló los papeles para la publicacion de las amonestaciones. Pues bien, hemos resuelto emplear todos nuestros esfuerzos para impedir este matrimonio, que solo causaria desgracias. Pero es preciso hacerlo antes de que se cumpla aquella formalidad, y hemos contado con vos para que nos ayudeis.

BRIJIDA.

Habeis hecho muy bien, porque os lo confieso, acabo de ver á ese mónstruo de Bero-

quet, y he sentido renacer en mi corazon aquel amor que he estado alimentando hace quince años. Qué tengo yo que hacer?

SIMON.

Mi mujer y yo nos encargamos de Marcelo, encargaos vos de Beroquet. El se ha propuesto seguir la voluntad de su amigo, pero os ama siempre en el fondo de su corazon.

BRIJIDA.

Lo creeis asi, Señor Simon?

SIMON.

Estoy seguro de ello, y no dudo que en tomándolo vos por vuestra cuenta, conseguireis hacerle resistir á las pretensiones de Marcelo.

BRIJIDA.

Si yo lo hubiera sabido, ahora mismo acabo de verlo, y hubiera vuelto á emplear mis antiguas seducciones.

SIMON.

Todavia es tiempo; y en haciendo cada cual lo que pueda por su parte, quizás me engañe, pero no desconfio yo del éxito. Al fin se trata de una buena accion.

BRIJIDA.

Ahí viene Maria con vuestra mujer.

SIMON.

Silencio! que Maria no caiga en ello; teme tanto á su padre, que nos impediria hacer nada por su dicha.

ESCENA III.

DICHOS, MARIA *y* ROSA.

MARIA.

Mucho mejor me siento hoy, mi querida Rosa; ya lo ves, puedo sostenerme sin necesidad de apoyarme en tu brazo.

ROSA.

Tanto mejor, Maria. No porque yo esté cansada de prodigarte mis cuidados, sino que me es tan dulce verte recobrar la salud, y volver á hallar en tus mejillas esos colores que te sientan tan bien!

SIMON.

Si vieras el cuidado que nos has dado! pero ya se acabó, no hablemos mas de eso; las tristezas se deben olvidar pronto, las cosas alegres son las únicas que se deben guardar en la memoria.

MARIA.

Brijida! no es aquella Brijida? no os habia visto; por qué no os acercais?

BRIJIDA.

Os estaba contemplando y diciéndome á mí misma, que á pesar de vuestra palidez.... (*aparte*) Temo que ese pícaro de Beroquet no quiera renunciar á una mujer tan bonita.

MARIA.

Os agradezco que hayais venido á verme; no hay nada tan dulce para un enfermo, como hallarse rodeado de las personas que ama. Pero dónde está mi padre? dónde está?

ROSA.

Como su presencia te causa siempre una emocion tan viva, el médico ha prohibido que le veas.

MARIA.

Cuando yo estaba mala sí, pero ya estoy buena, y tengo deseos de verle.

SIMON.

Siendo asi, voy á buscarle. (*bajo á Rosa*) Mira cómo no pregunta por Beroquet. (*alto*) Pero aqui está Marcelo.

MARIA, *estremeciéndose.*

Mi padre!

ESCENA IV.

DICHOS, MARCELO.

MARCELO.

Ah! Maria, con que ya estás fuera de peligro?

MARIA.

Sí, ya estoy restablecida; ya no debo causaros cuidado... ni os volveré á desobedecer.

MARCELO.

No tengo queja ninguna tuya.

MARIA.

Sois tan bueno conmigo!.. pero descuidad, repararé mis faltas, y sabré cumplir mi deber.

SIMON, *á Rosa.*

Mira tú que miedo le tiene.

BRIJDA, *aparte, haciendo ademan de pegar.*

Qué tiranía tan bárbara de hombre!

MARIA.

Perdonadme por haber sido débil, por haberme puesto mala en el momento en que mas necesitaba de mi valor; de aqui en adelante, yo os aseguro que tendré mas firmeza, y mi matrimonio se verificará cuando querais.

MARCELO.

Está bien, hija mia. Tú sabes que allá arriba hay quien escucha tus palabras, y te pedirá

cuenta de ellas: te prevengo que solo aguardo los documentos que hoy debo recibir.

SIMON.

Pues está bueno, esto no se puede aguantar. Apenas está convaleciente de su enfermedad, y ya no se le habla sino de ese maldito matrimonio.

ROSA.

De ese matrimonio que nos ha causado ya tantos disgustos.

BRIJIDA.

Decís bien, Señor Simon; esto no se puede aguantar.

SIMON.

Pues no es una crueldad el obligar á esa pobre muchacha á un casamiento que la hará desgraciada toda su vida?

MARCELO.

Y quién trata aqui de obligarla? decid, Maria, será verdad que esta union deba hacer vuestra desgracia? no temais mis reconvenciones, decid que sí, y no se hablará mas de este asunto.

SIMON *y* ROSA.

Vamos á ver lo que ella responde.

BRIJIDA.

Toma! eso por sabido. (*aparte*) De esta hecha vuelvo á atrapar á Beroquet.

MARIA.

No sé por qué decís eso, amigos mios. Quién ha podido creer que el temor me retrajese de consentir en un matrimonio que tantas envidiarian? no es digno Beroquet de hacer la felicidad de una mujer?

SIMON.

Pues sin embargo, Marcelo, yo sostengo que tu hija no ama á Beroquet. Lo que no sé es la razon por qué tú le ecsijes semejante sacrificio. Ella se calla, sufre, y tú persistes en tu resolucion á pesar del dolor de tu hija. Te digo, Marcelo, que eres lo que se llama un mal padre.

MARIA.

Callad, Simon, callad; yo os agradezco vuestras buenas intenciones, porque son una prueba mas del cariño que me tenéis; pero por lo mismo me es mas dulce sacaros de vuestro error, declarando que me uno á Beroquet con toda mi voluntad, y que mi porvenir depende de este matrimonio...

BRIJIDA, *aparte.*

Se acabó, me lo quita.

ROSA, *á Maria.*

Seria posible que nos engañásemos en nuestras sospechas? las circunstancias de tu enfermedad, esta precipitacion?

MARIA.

Mi enfermedad ha sido uno de esos accidentes, cuya causa es desconocida.

ROSA.

Y te fuistes á desmayar en el momento mismo de firmar el contrato?

MARIA.

No sé lo que sentí, fué una de esas emociones naturales en el momento de entregar para siempre su libertad y su porvenir á un hombre. Sobre todo, mi padre acaba de decir delante de vosotros que soy enteramente dueña de mis acciones.

SIMON.

No acabo yo de comprender... Vamos á ver, sí ó nó? amas tú á Beroquet?

MARCELO, *aparte.*

Cuánto me están haciendo sufrir!

MARIA, *con resolucion.*

Sí, sí, le amo.

BRIJIDA.

Hum!!!..

Hace ademan de pegar.

SIMON.

Eres capaz de jurármelo, muchacha?

MARIA.

Juro que soy yo quien quiere este matrimonio.

BRIJIDA.

Hum!!..

El mismo ademan.

ROSA.

A mí me parecia... qué se yó?.. puede ser...

SIMON.

Si es asi, perdona, Marcelo que haya sospechado de ti.

MARCELO.

No tengo que perdonarte sino un esceso de cariño á Maria.

ROSA.

Marcelo, abrázame en prueba de que olvidas mis injustas sospechas.

MARCELO.

Con toda mi alma.

Lo abraza.

BRIJIDA, *aparte.*

Pues Señor yo soy aqui la víctima de todo esto; pierdo á Beroquet y nadie me abraza.

MARIA, *apoyándose en Rosa.*

Me creia mas fuerte de lo que estoy.

MARCELO.

Qué tienes, María?

MARIA.

Nada, no es nada; necesito un poco de reposo. Aqui mismo, en este pabellon...

MARCELO, *aparte.*

Alejémonos. Tengo necesidad de estar solo para respirar libremente despues de una escena tan cruel.

Rosa y Brijida conducen á Maria al pabellon, y la sientan en un sofá á la vista del público: quédase dormida.

ESCENA V.

SIMON, ROSA, BRIJIDA, MARIA *en el pabellon, despues* BEROQUET.

BRIJIDA.

Se ha ido Marcelo?

SIMON.

Sí, se ha dirijido hácia el campo.

BRIJIDA.

Quereis que os diga lo que á mi me parece? aqui hay algun misterio; yo apostaria...

SIMON.

Qué quereis decir?

BRIJIDA.

Quiero decir que la Señorita ama á otro que á Beroquet.

ROSA.

No os comprendo.

BRIJIDA.

La cosa es muy sencilla. Su padre la obliga á casarse con Beroquet para borrar en ella alguna otra pasion.

SIMON *y* ROSA.

Otra pasion!

BRIJIDA, *con misterio.*

Yo tengo mis razones para creer que se le ha trastornado la cabeza con el amor de algun personaje... pues... de algun señoron de circunstancias.

ROSA.

Eso es imposible. Cómo habia de ser eso? ademas que ella misma nos acaba de asegurar...

BRIJIDA.

Y eso qué prueba? que su padre le ha dicho, di esto, y ella lo dice. Sí, sí, engañarme á mí... en materia de pasiones, tengo yo una esperiencia...

SIMON.

Si creyese que Marcelo nos pudiese engañar hasta ese punto...

BEROQUET, *entrando.*

Y mi esposa? dónde está mi futura esposa?

ROSA.

Silencio! está allí... durmiendo.

BEROQUET.

Entonces aqui me quedo. Ha preguntado por mí?

BRIJIDA.

Ni siquiera se ha acordado del santo de vuestro nombre.

BEROQUET.

Qué diablos! no me gusta eso mucho. Pero Señores no es una cosa muy dura el estar hecho el juguete de esa muchacha, cuando hay otras mil que se están muriendo porque les diga yo alguna palabrita?

BRIJIDA.

Sí, valiente facha para enamorar á nadie!

BEROQUET.

Si viérais lo de pasiones desgraciadas que he ido yo dejando atrás por esos mundos en el curso de mis campañas!

BRIJIDA, *levantando la mano.*

Mónstruo!..

BEROQUET, *acercándose á ella.*

Eh? qué es eso? qué ademan es ese, Señora Brijida?

BRIJIDA, *conteniéndose.*

Nada, nada; que os quiteis de mi presencia.

MARIA, *soñando.*

Beroquet!..

BEROQUET.

Oís cómo me llama?

ROSA.

Está soñando.

BEROQUET.

Soñando! bien, este es muy buen síntoma.

SIMON.

Silencio!

MARIA.

Beroquet, mi marido!.. no... yo no le amo..

BEROQUET.

Que no me ama!

TODOS.

Callad!

MARIA.

Perdon, padre mio... os obedeceré... pero me costará la vida.

ROSA.

Habeis oido?

BRIJIDA.

Lo mismo que yo os decia.

BEROQUET.

Estoy estupefacto; pero yo no creo en sueños. Creeis vosotros en sueños?..

Rosa cierra las persianas del pabellon.

BRIJIDA.

Todavia cree que ella le ama. Qué estúpido!

BEROQUET, *escuchando.*

Escuchad, escuchad á ver si sigue.

SIMON.

Aqui vuelve ya Marcelo; vamos, mujer, nosotros no tenemos nada que hacer aqui.

ROSA.

Tienes razon, Simon, hasta de la casa nos hemos de ir.

BRIJIDA.

Y yo tambien me voy porque este Beroquet es incorrejible.

BEROQUET.

Pues Señor, es menester dar una prueba de carácter; voy á decirle á Marcelo lo que estoy pensando de todo esto. Quiero saber, quiero que se me diga si yo no sirvo en el mundo sino para hacer el oso.

BRIJIDA.

Muy bien hecho; sed hombre una vez.

ESCENA VI.

DICHOS, MARCELO.

MARCELO.

Y Maria, contiuúa durmiendo? no me respondeis? qué teneis?

BRIJIDA, *á Beroquet.*

Vamos á ver, Señor Beroquet...

BEROQUET, *á Brijida.*

Ya, ya vereis, Señora Brijida.

MARCELO.

Qué significa este silencio?

BEROQUET, *con resolucion.*

Marcelo, tenemos que hablar.

MARCELO.

Qué es lo que tenemos que hablar?

BEROQUET.

Tenia que decirte que... voy al correo á ver si han llegado esos papeles.

BRIJIDA, *á Beroquet.*

Sois un mándria; no servís para nada.

BEROQUET, *á Brijida.*

No, pues no creais que me he intimidado.

Vase.

ESCENA VII.

DICHOS, *escepto* BEROQUET.

MARCELO.

No puedo yo saber qué significa esto?

SIMON.

Esto significa que nosotros nos vamos de casa.

MARCELO.

Que os vais de casa!

SIMON.

Sí, y para no volver.

MARCELO.

Asi me abandonais? y tú tambien, Rosa?

ROSA.

Es un deber el hacerlo.

SIMON.

Pasan aqui cosas que nosotros no debemos ni queremos presenciar.

BRIJIDA.

Eso seria hacernos cómplices de ellas.

MARCELO.

Pero Maria misma no os ha declarado?..

ROSA.

En vano trataréis de justificaros. Algunas palabras de Maria durante su sueño, han bastado para descubrir la verdad.

MARCELO, *ajitado.*

Durante su sueño! ha hablado? y qué ha dicho?

BRIJIDA.

Ha dicho que no ama á Beroquet.

MARCELO, *inquieto.*

Y no ha dicho mas que eso?

BRIJIDA.

Os parece poco?

SIMON, *á Rosa.*

Ves que inquieto, que ajitado está?

BRIJIDA, *aparte.*

Este hombre es un Barba Roja; qué cara ha puesto!

ROSA, *tomándole la mano.*

Vamos, Marcelo, renuncia á ese matrimonio, y permaneceremos en tu compañía.

SIMON.

Sí, sí, una palabra es lo que yo aguardo para tenderte la mano, porque bien lo sabes, te quiero lo mismo que á un hermano.

MARCELO.

Pero qué quereis que os diga?

SIMON.

En nombre de Luisa á quien tanto amabas...

MARCELO.

Luisa!

SIMON.

A la cabecera de su cama estábamos nosotros cuando la muerte nos la arrebató. Y sabes cuáles fueron sus últimas palabras? «Que Maria sea feliz, nos dijo, os confio el cuidado de velar sobre ella.»

BRIJIDA, *llorando.*

Pobre Luisa!

SIMON.

«En cuanto á Marcelo, en sus manos queda el honor de la familia.»

MARCELO, *levantándose repentinamente.*

Sí, á mi es á quien ella confió el honor de la familia, y por hacerlo respetar es por lo que resisto hoy á vuestras instancias.

SIMON.

Basta, basta; vámonos, mujer. Yo no creia que tuviese un corazon tan duro: vámonos, dejemos á ese mal padre.

MARCELO, *llamando á Rosa.*

Rosa! Rosa! tú tambien te vas?

ROSA, *llorando.*

Yo no creia que eras tan cruel.

Vase con Simon.

BRIJIDA, *á Marcelo, llorando.*

Ya lo estais viendo, Señor Marcelo; no, no es porque me hayais quitado mi amante, sino porque... no puede una... ser insensible... y en fin... todos lloran aqui porque... sois un mal padre.

ESCENA VIII.

MARCELO, MARIA, *en el pabellon.*

Mal padre! para esto he cumplido con un terrible deber, para esto he sacrificado mi reposo y mi dicha, para esto estoy ahogando en mi corazon la mas ardiente de todas las pasiones. Qué recojo en premio de tantos sacrificios? el ódio, el desprecio, las injurias, las reconvenciones... Y no poderme justificar! ah! sí, volveré á partir: marcharé inmediatamente y sin participárselo á nadie; volveré á entrar en el servicio, Simon y Rosa cuidarán de Maria, y yo caeré atravesado de una bala en medio del campo de batalla. Moriré sin amigos y sin familia, sin dejar detrás de mí ni lágrimas ni recuerdos, porque ya estoy solo en el mundo... solo, sí, es bien cruel; pero estoy solo en el mundo.

ESCENA IX.

MARCELO, MARIA.

MARIA.

Y yo no soy nadie para vos?

MARCELO.

Maria!.. ah!.. eres tú, Maria? ven acá! no te vayas, no me dejes... soy muy desgraciado. Todos se alejan de mí: todos me abandonan... me dejan entregado á mi desesperacion...

MARIA.

Tú que eres tan bueno, padre mio, condenado al ódio y al desprecio de los demas? eso no puede ser. Yo que conozco la nobleza y la jenerosidad de tu conducta, yo iré á decirles los sacrificios de que has sido capaz; los obligaré á que se humillen ante tu virtud.

MARCELO.

Sí, Maria, sí, diles que no me han comprendido; diles que no soy un mal padre...

MARIA.

No se hable ya del casamiento. Estaré siempre á tu lado, te consagraré mi vida.

MARCELO.

Sí, sí, juntos, siempre juntos...

MARIA.

Si el mundo es injusto contigo, huyamos de él, padre mio.

MARCELO.

Qué me importa á mí el mundo en quedándome tú, Maria! Qué importan á mi felicidad su ódio y su desprecio, con tal de que tú me ames eternamente?

MARIA.

Amarte, sí, no he de amarte, padre mio? ah! dame tu mano, pónla aqui, pónla sobre mi corazon... mira con que fuerza late...

MARCELO.

Oh!.. Dios mio!.. Dios mio! Te amo, hija

mia, te amo y te amaria, aunque este amor hubiese de ser un tormento perpétuo para mí.. pero no, no será un tormento, será una felicidad; te amaba, estaba seguro de tu amor, y desesperaba de nuestra dicha... ah! si tú supieras!.. hace un momento injuriado por mis parientes, abandonado por nuestros amigos, estaba resuelto á volver á mi rejimiento, á huir de ellos, á huir de ti, á abandonarte á tu suerte, y á correr tras de una muerte segura en los campos de batalla. Pero tú me has sorprendido en medio de mi desesperacion... te has arrojado en mis brazos, has vuelto la esperanza á mi corazon, y, ah! no, ya no nos separaremos jamás.

MARIA.

Ah! padre mio! no sé qué decirte, yo no conocia esta felicidad. Abrázame, abrázame y déjame olvidar en tus brazos los pesares que empezaban á desconsolar mi ecsistencia.

MARCELO.

Pero ah! Maria, qué estás diciendo? qué es lo que yo te he dicho? te he hablado de una felicidad que no ecsiste para nosotros: nos entregamos á ilusiones y á sueños que no pueden realizarse nunca... Maria, es preciso separarnos... no, no debemos volvernos á ver...: huye, Maria, huye mi desesperacion. Si yo permaneciese á tu lado, olvidaria mi deber para acordarme solamente de que no soy tu padre sino ante la sociedad..

ESCENA X.

DICHOS, BEROQUET.

BEROQUET, *dentro.*

Aqui están los papeles.

MARCELO.

Sí, Maria, imposible el seguirte mirando como á mi hija.

BEROQUET, *desde la puerta.*

Qué dice ese hombre?

MARCELO.

Nosotros nos hemos confesado ya nuestro amor.

BEROQUET.

Eh?

MARCELO.

Un amor que no aprueba el cielo, y que las leyes de los hombres castigarian con toda su severidad.

MARIA.

Sí, sí, es necesario separarnos para siempre.

MARCELO, *mirando á Maria.*

Tan jóven y ya tan desgraciada!

MARIA, *de rodillas.*

Madre mia! dadme fuerzas para cumplir con mi deber; contemplad mi amargura, y bendecid desde el cielo á vuestra hija!

MARCELO.

Qué corazon tan hermoso!

MARIA.

Ya tengo fuerzas para deciros adios... (*se abrazan*) Adios, adios padre mio!

MARCELO.

Adios, hija mia. (*se estrechan las manos, se separan, se vuelven á mirar, se arrojan otra vez en los brazos el uno del otro y se separan*) Mi resolucion está tomada; voy á partir para no volver jamás.

Vanse cada uno por un lado distinto.

BEROQUET, *llorando.*

Qué acabo de escuchar! se han separado llorando los dos... ya se vé... yo estoy por hacer otro tanto. Con que su padre no es su padre? su tia no es su tia? ellos se aman, y se dicen que no se lo pueden decir, porque Marcelo ha reconocido á Maria por hija suya? En efecto, aqui están los papeles que acabo de recibir de Fontenebló, y segun ellos, Marcelo es padre de Maria... Me están dando unas tentaciones de hacerlos pedazos... Maldito mamotreto! que encierra la desdicha de personas á quienes yo quiero tanto... (*lee*) «Partida de bautismo...» este, este es el que voy á romper... Pero qué!.. qué dice aqui?.. «Maria hija de Luisa Henriot...» Si tendré la vista turbada? «hija de Luisa...» ya... la madre habia reconocido á la hija sin decir nada á nadie; ni Marcelo siquiera lo sabia... Ay! yo me voy á desmayar de alegria... tengo en mis manos la felicidad de Marcelo... (*se sienta*) Pero él se vá... no, no... Marcelo!.. Señorita Maria!.. Simon!.. Rosa!.. Brijida!.. Marcelo!.. Marcelo!..

ESCENA XI.

BEROQUET, MARCELO, SIMON, ROSA *y* MARIA.

MARCELO.

Qué es esto? qué quieres?

MARIA.

Qué gritos son estos?

BEROQUET.

Estos gritos son... Esto quiere decir... que lo he descubierto todo.

MARCELO.

Esplícate.

MARIA.

Esplicaos...

BEROQUET.

Sí, he descubierto que estais enamorados uno de otro.

SIMON *y* ROSA.

Enamorados uno de otro!

MARCELO *y* MARIA, *consternados.*

Dios mio!

BEROQUET.

Sí, sí, pero la Señorita Maria no es hija de Marcelo.

SIMON.

Que no es su hija?

BEROQUET.

No: pueden casarse... aqui está la partida de bautismo... Maria hija de Luisa Henriot.

MARIA.

Será posible!

MARCELO.

Ah! querida tia! no quisísteis aceptar mi sacrificio! Maria, puedo creer una dicha tan inesperada!

SIMON, *acercándose á Marcelo.*

Marcelo, hemos sido contigo muy injustos.

ROSA.

Sí, muy injustos.

MARCELO, *tomándoles las manos.*

No, amigos mios, las apariencias me condenaban.

MARIA.

Beroquet, yo no os queria como marido, pero os querré siempre como amigo, y supuesto que sois vos á quien debo mi felicidad, os permito que me abraceis.

BEROQUET, *abrazándola.*

Con toda mi alma; estas cosas no se desperdician.

ESCENA XII.

DICHOS, BRIJIDA.

BRIJIDA, *trae algunos paquetes y cajas que deja caer al tiempo de entrar y ver á Beroquet abrazando á Maria.*

Qué veo?.. se están abrazando... ah! no, esto no lo han de ver mis ojos...

Corriendo hácia Beroquet con la mano alzada, como para pegarle un bofeton.

BEROQUET, *deteniéndole el brazo.*

Quietecita, Señora Brijida; guardad esas insinuaciones para nuestra primera sesion de novios.

BRIJIDA.

Infame, infame! no os basta refregarme vuestra mujer por los hocicos? quereis tambien burlaros de mí?

BEROQUET.

No, Brijida, no me burlo: necesito hacerle un desaire á mi futura y me caso con vos.

MARCELO.

Nosotros, amor mio, no retardemos mas nuestra felicidad.

MARIA.

Una cosa os encargo.

MARCELO.

Qué?

MARIA.

Que seais tan mal marido, como habeis sido mal padre.

BEROQUET, *agarrando del brazo á Brijida y paseándola por la escena.*

Y yo á ti, mujer constante
te recomiendo otra cosa;
no me acaricies de esposa
como soliste de amante.
Brijida! me echaste el guante,
pero abdica el pescozon;
y pues el nudo en cuestion
desataron los demonios,
para estos dos matrimonios
pide alguna bendicion.

FIN DE UN MAL PADRE.

Madrid.-Imprenta de D. JOAQUIN MERÁS Y COMPAÑÍA.

MUSEO DRAMÁTICO.

COLECCION DE COMEDIAS DEL TEATRO ESTRANJERO, EJECUTADAS EN LOS PRINCIPALES DE LA CORTE.

Lleva publicadas las comedias siguientes y por el orden que se espresa.

	Rs.		Rs.
La Tercera Dama Duende.	6	Las Cartas del Conde-Duque.	4
El Ciego.	3	Halifax, ó pícaro y honrado.	6
El Tio Pablo ó la educacion.	4	La posada de la Madona.	6
La Penitencia en el Pecado.	6	Caer en sus propias redes.	4
Un soldado de Napoleon.	4	El Robo de Elena.	3
La Hija de Cromwell.	3	El Hijo de Cromwell, ó una restauracion.	6
Un Casamiento provisional.	3	El Duque de Altamura.	6
En Paz y jugando.	3	¿Quién será su padre?	4
Arturo, ó los remordimientos.	3	¡Es un niño!	4
Una Audiencia secreta.	6	De una afrenta dos venganzas.	6
Trapisondas por bondad.	3	Pedro el Negro.	6
Un Quinto y un párvulo.	3	El Hijo del emigrado.	6
Ricardo el negociante.	6	Por no escribirle las señas.	3
El Marido desleal.	6	El secreto de una madre.	6
Los Celos.	6	El ingeniero ó la deuda de honor.	6
El Idiota.	6	Enrique de Trastamara, ó los mineros.	6

Se admiten suscriciones, al menos por diez y ocho comedias, las cuales forman un tomo, en Madrid en las librerias de Sanz (D. Pedro); Escamilla, calle de Carretas, y Hermoso, calle Mayor.

En las provincias se admiten igualmente suscriciones en las principales librerias, á los precios que marque la cubierta de cada comedia. Con la que completa el tomo se darán *gratis* para los Señores suscritores, una elegante cubierta, portada é índice.

En los mismos puntos se hallarán ejemplares de todas las comedias pertenecientes al Museo, para los sugetos que gusten adquirirlas.

La direccion del Museo Dramatico se halla establecida en la calle de la Gorguera, núm. 13.

ADVERTENCIA.

El Editor persiguirá ante la ley al que reimprima ó represente esta comedia, sin haber satisfecho la propiedad, con arreglo á las reales órdenes de 8 de Mayo de 1837 y de 16 de Abril de 1839.

Imp. de D. JOAQUIN MERÁS Y COMPAÑÍA, calle del Fomento, n. 7.